

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia 12 de

Febrero de 1891.

Precios de suscripcion
 Barcelona un trimestre ade-
 lantado una peseta; fuera de
 Barcelona un año, id. 4 pesetas
 Extranjero y Ultramar un año
 p. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
 y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscripcion

En Lérida, Mayor 81, 2.º
 Madrid, Ballesta, 4, principa
 En Alicante, Francisco, 2
 Imprenta.

SUMARIO.—Memorias de una mujer.

MEMORIAS DE UNA MUJER

III.

Dejé pendiente mi relacion en el capítulo anterior en la crisis mas importante de toda mi vida, que fué indudablemente la muerte de mi madre y el cambio total de mi modo de ser, porque de una timidez excesiva, hija de la educacion que habia recibido y de los cuidados amorosísimos de que siempre habia sido objeto, tuve que pasar bruscamente à tener voluntad propia y energía suficiente para luchar por la existencia.

Los primeros dias me acompañaron las amigas de mi madre y una de ellas me propuso entrar en un convento comprometiéndose á buscarme el dote, diciéndome entre cosas lo siguiente:

—¿Qué harás tú en el mundo? nada de provecho; eres pobre, y pobre en las peores condiciones, porque tu madre te ha criado con los hábitos de una gran duquesa; tú no sabes salir á la calle con un lio de ropa, ni con un cesto ni mal vestida; tú no te puedes poner á servir porque tu falta de vista te hace cometer mil torpezas sin poderlo remediar; los únicos parientes que tienes que son el hermano de tu padre y sus hijos, no te quieren, porque no pueden quererte; las desavenencias de familia, desengañaate, nunca crearon afectos, y todo lo más que harán, (por que no tienen mal fondo) es atenderte tres ó cuatro meses, (y gracias que lo hagan) ¿y luego qué harás? casarte es difícil, por que para un pobre no sirves, y un hombre bien acomodado, busca una chica con dinero ó una muchacha muy guapa, y tú ni eres rica, ni puedes figurar entre las bellas; ya has tenido tus desengaños en amores, pues lo mejor es que te consagres á Dios y te evitarás muchísimos disgustos ¿qué me dices? ¿qué me contestas?

—Que no quiero ser monja por último recurso; me consagraría á Dios si yo sintiera en mi alma la imperiosa necesidad de pasar mi vida entregada á la oracion y al ayuno, vistiendo un tosco y burdo zayal, durmiendo sobre una piedra; pero como yo no encuentro á Dios en los altares de los templos, como los conventos me han parecido siempre las mazmorras de la inteligencia, como yo no concibo que se pueda vivir perdiendo la libertad, no quiero enterrarme en vida. Es verdad que nada espero de nadie, ni de mí misma, que es lo mas triste y mas desconsolador, pero así como creo que me faltará siempre el valor para suicidarme, me falta tambien para enterrarme en vida; así pues no quiero ser monja; para

consagrarme á Dios preferiría mil veces la vida del anacoreta; en la cumbre de una montaña creo que oiría la voz de Dios, en la celda de un convento renegaría de una religion que rompe los sagrados vínculos de la familia, condenando á la esterilidad á mujeres jóvenes que podian ser útiles á la sociedad desempeñando el honroso cargo de esposas y madres, y no abandonando en los últimos años de la vida á sus ancianos padres. La religion que desata lo que atan las leyes de la naturaleza no interpreta la voluntad de Dios.

—Pero mujer, si tú estás sola en el mundo, completamente sola, ¿á quién mejor puedes asirte que á la diestra de Dios?

—Si mi Dios lo encuentro yo en el Sol, en el aire, en las flores, en las aves, en las montañas, en los rios, en los mares, en los abismos, en todas partes donde se manifiesta la vida; menos en esas casas sombrías que llaman lugares de oracion, y en esas tétricas fortalezas donde se consumen centenares de mujeres lejos de todos los afectos que engrandecen al espíritu.

La buena señora se me quedó mirando muy sorprendida de mi lenguaje, se levantó y se despidió diciéndome:

—Algun dia te arrepentirás; si quieres, piénsalo mejor, y dentro de ocho dias volveré á saber tu determinacion.

—Ya está tomada, la religion debe llenar el alma para que ésta en su duelo le pida un refugio; si algun dia siento ante las imágenes de los Cristos milagrosos, de los santos mártires y de las vírgenes angustiadas, lo que no he sentido hasta ahora, yo le prometo que pediré limosna de puerta en puerta hasta reunir mi dote para entrar á formar número entre las esposas del Señor, pero en tanto que mi criterio encuentre defectuoso el credo de una religion ¿cómo quiere V. que me consagre á lo que rechaza mi razon?

A la proposicion de la clausura, siguió la de un casamiento sin amor, con un hombre de mediana edad, muy distinguido, pobre y enfermizo; y con gran sorpresa de mis parientes y amigos dije que no queria casarme.

—¿Es posible? me dijo un antiguo amigo: ¿tú sabes lo que es quedarse sola? tú no has pensado seguramente como te verás mañana, porque todas estas visitas pronto se acabarán, tendrás que trabajar para vivir, si te dedicas á coser al poco tiempo te quedarás ciega y tendrás que pedir una limosna de puerta en puerta.

—Pero seré libre y no habré engañado á nadie; yo no siento por ese hombre generoso que me quiere honrar dándome su nombre nada que se parezca á lo que he sentido por mis primeros amores, creyéndome dichosa cuando mi madre preparaba mi blanco traje de desposada; la gratitud que yo podria sentir ahora, en comparacion del amor que he sentido, es como una gota de rocío frente á los mares que circundan la Tierra; dar el cuerpo sin dar el alma, es como hacer pasar una moneda falsa diciendo que es buena. Mi madre me dijo muchas veces: no engañes á nadie, y el consejo de mi madre no lo olvidaré jamás.

Mis negativas alejaron á aquellos que me propusieron el monjío y el casamiento; mis parientes durante seis meses me dieron una pequeña pension; siendo yo en cambio la costurera de la casa. Yo acepté muy contenta aquel plan de vida, me quedé viviendo en la misma habitacion que murió mi madre, vendí muebles; lo arreglé todo lo mejor posible, y cuando creia que iba á estar mas tranquila, mis parientes dejaron de darme la pension alegando que no les era posible sostener aquel gasto que se podia llamar supérfluo. No me sorprendió tal determinacion, pero sí la sentí muchísimo por que perdía los débiles cimientos sobre los cuales se sustentaba mi humilde existencia: hasta entonces no habia tenido que ir de

ca a en casa pidiendo trabajo; ni habia tenido que conocer caras nuevas; como pasaba la mayor parte del tiempo en mi habitacion me parecia que la sombra de mi madre me acompañaba, y de noche hablaba con ella como si estuviera á mi lado.

Yo entonces no tenia la menor idea del Espiritismo; pero ahora comprendo perfectamente que el espíritu de mi madre no se separó un momento de mi lado, porque yo no sentia el vacío de la soledad estando en mi aposento, no sabia darme cuenta de aquella calma melancólica que disfrutaba y me reconvenia muchas veces diciéndome: ¡Parece mentira que puedas vivir!.... y sin embargo..... vives.

Cuando mis parientes me negaron su apoyo, una amiga de mi infancia que estaba muy lejos de Sevilla, me llamó á su lado diciéndome:—Si has perdido una madre te queda una hermana; ven que te espero.—Yo que lo que más temia era el aislamiento y la soledad, que la primera vez que salí sola creí que todas las torres de Sevilla caían chocando contra mi frente, cuando me ví en la calle sin mi amadísima compañera, sin oír aquella voz amorosísima que me decia continuamente:—Aquí hay una piedra, allá hay un charco, no resbales, no tropieces, ten cuidado que te puedes caer. Al mirar en torno mio y verme tan sola. me pareció del todo imposible poder continuar mi camino. Muchos años han pasado y sin embargo, aún recuerdo con profunda tristeza la agonía de aquella tarde.

Al verme tan sola acepté la oferta de mi amiga y durante un año estuve separada de la tumba de mi madre; cuando volví á Sevilla fui enseguida al cementerio á llevarle un ramo de flores y al postrarme ante su huesa exclamé: ¡Madre mía! he bebido la hiel de amargos desengaños ¡todo ha muerto para mí! mentira es el amor y la amistad.

No es mi propósito seguir paso á paso el calvario de mi vida, no referiré nada de mi historia íntima á la cual están enlazadas otras personas que aún existen y no debo en manera alguna poner en evidencia los defectos de los unos, las debilidades de los otros y las ingratitudes de los más; mi narracion pareceria una especie de venganza, y los que estudiamos el Espiritismo no podemos vengarnos de nadie, porque sabemos por experiencia que al hacerlo rompemos las tejas de nuestro tejado.

No por omitir hechos y sucesos que todos sirvieron para aumentar mi sufrimiento, perderán *mis memorias* su verdadero interés, que consiste principalmente en demostrar la diferencia que existe para el espíritu, desconociendo lo que vale y los medios de que puede disponer, á saber que de sí mismo depende ser un criminal ó el redentor de un mundo.

Hay tambien otra causa para que mi narracion no resulte incolora y es que la historia íntima de las mujeres, tiene gran semejanza la de las unas, con la de las otras, y al no hablar yo detenidamente de mis amores y de mis esperanzas frustradas, no por eso se deja de comprender, que si vine á sufrir á la Tierra, habré pagado mi contingente amando y recibiendo desengaños.

Casi todas las mujeres tienen en su juventud amores purísimos, esencialmente espirituales; no hay mujer algo sensible que á los 17 años no haya enviado un beso al amado de su alma en las *alas* de la brisa y en el perfume de las flores; ¿cuál será la jóven que no habrá recibido un desengaño y no se habrá creído la más desgraciada de las mujeres? Despues, con el transcurso de los años se olvidan las desgracias juveniles para lamentar otros infortunios; que la vida de la mujer siempre es dolorosa aún dentro de su hogar rodeada de su marido y de sus hijos;

por regla general son más las veces que llora que las que sonríe, por la debilidad de su organismo, por los disgustos que le dan sus hijos, por las continuas enfermedades de éstos, por el carácter más ó menos cariñoso de su marido, por los cambios funestos de fortuna y otras mil causas que no es posible enumerar; y si desgraciada es la mujer teniendo una familia, que es cuando verdaderamente vive en su centro, por razón natural tiene que ser desgraciadísima cuando se queda sola en la Tierra y en las condiciones que yo me quedé; con inteligencia suficiente para conocer que estaba dentro de un abismo, con un sentimentalismo tan estremado que todo me hería y todo me hacía daño, y con tan pocas fuerzas físicas que parecía mentira que no estuviera siempre postrada en el lecho del dolor.

Haciéndome cargo de *que nadie es profeta en su tierra* y aconsejada por unas amigas que estaban en Madrid, creyendo que allí podría vivir con más desahogo porque el trabajo era mejor retribuido que en Sevilla, y entrando también en muchas de mis aficiones literarias, pues á la edad de diez años comencé á escribir y á los diez y ocho principié á publicar mis poesías, figurándome que en la Corte encontraría más ancho campo, me trasladé á Madrid donde en realidad trabajando vivía mucho mejor que en Sevilla, y mis escritos obtenían más éxito, pero no lo bastante para vivir de su producto, así es, que la costura era mi principal elemento de vida. Trabajé mucho de día y de noche, y al fin mis ojos se negaron á seguir mirando fijamente horas y horas la blanca batista ó el negro terciopelo, y entonces comenzó para mí una serie no interrumpida de sufrimientos y de humillaciones inexplicables.

Mientras pude trabajar pagaba mi habitación en compañía de una buena familia y me mantenía frugalmente, pero cuando no pude ganar nada, cuando los mejores oculistas tanto españoles como extranjeros que residían en Madrid, todos me dijeron que me quedaría ciega si persistía en querer trabajar una semana más, me quedé aterrada, horrorizada y sin acción para dar un paso, porque perder la poca luz que me quedaba me producía un espanto que no tiene nombre.

Como mis ahorros eran muy exiguos, pronto tuve que empeñar toda mi ropa y parece mentira que cueste tanto adquirir el alimento y poder dormir bajo techo, aunque se duerma en un desván y se coma una sola vez al día.

Dice un antiguo adagio, que del árbol caído todos hacen leña, y todos hicieron leña de mis delicados sentimientos y de la dignidad que conservaba mi espíritu, aunque bien mirado en una sociedad esencialmente egoísta y que solo rinde culto á las fastuosas apariencias, ¿qué respeto podía inspirar una mujer medio ciega, sin nadie que le diera sombra, y por apéndice pobremente vestida, que no servía para nada, ni aún para llevar chiquillas á la escuela? porque la persona que apenas ve, es un cero sin valor que al parecer sobra en la suma social; y apesar de mi insignificancia, dominada por ese misterioso instinto de conservación, acudía á las casas de aquellas personas que en otro tiempo me habían dado trabajo, para que me dieran un plato de sopa á la hora de comer.

Los unos me aconsejaban que me encerrase en un asilo, los otros me decían que bien podía ganarme la vida acompañando á alguna señora, puesto que conservaba la vista suficiente para poder ir sin lazarillo; yo hacía todo lo que me aconsejaban, pero tenía la inmensa desgracia de que si se me proporcionaba el acompañar á alguna señora tropezaba siempre con un gran inconveniente, y es que ésta, tenía una conducta equívoca, esto es, los actos de su vida podían interpretarse de distintos modos y ninguno de ellos muy favorable, así es, que al ponerme en contacto con ella, sus palabras, y sus ademanes, me impresionaban dolorosamente, veía el tristísimo papel

que mi desgracia me obligaba á representar, y sin decir una palabra á nadie, por que nadie queria comprenderme, me retiraba, lo que me producía más tarde graves disgustos, porque todos me decían que para ser tan pobre era demasiado delicada y que era preciso que me acostumbrase á tratar con toda clase de gente, ya que no era útil para nada, y entre desprecios de unos, y amarguísimas reconvencciones de otros, llegué á perder la voluntad propia y era un autómatas que se movía según querían los demás, llevando cartas á un lado, recados á otros; mi cuestión era trabajar algo para ganarme un pedazo de pan, pero no siempre lo conseguía; mis grandes apuros eran para pagar la casa y por fin encontré habitación gratis en el taller de dos pintores; allí reposé algo de mis fatigas pasándome días y días sentada en un sofá haciéndome las reflexiones siguientes:

¿Qué es la humanidad? un árbol gigantesco; cada hombre es una rama; cuando en el reino vegetal, á un árbol se le seca una rama, ¿qué hace el horticultor con ella? cortarla; ¿y yo qué soy? una rama completamente seca; puesto que en realidad no sirvo para nada, no tengo vista para trabajar ni he podido degradarme para aceptar la compañía y la protección de mujeres cuya conducta deja mucho que desear; hé aquí pues en práctica lo que decía muy sabiamente Espronceda:

Aquí para vivir en dulce calma,
ó sobra la materia, ó sobra el alma.

Yo no tengo familia, yo no tengo nadie que me tome cuenta de mis actos; ¿por qué no sigo la corriente de mi vida que me lleva á caer no con el cuerpo, pero sí con el alma? ¿por qué me repugna y me es del todo insoportable todo aquello que no lleva el sello de la decencia y de la moralidad? ¿por qué si una mujer casada que falta á sus deberes misteriosamente, al darme una carta para que la lleve á su destino me inspira tan profunda aversión? ¿qué tengo yo que ver con su vida? me paga mi trabajo y no tengo ningún derecho á juzgar sus acciones, y sin embargo, el dinero que me da me quema; más si no tengo ningún camino bueno que seguir ¿por qué no pongo fin á mis días? ¿por qué huyo del coche que se me viene encima cuando en un momento todo podía estar terminado? ¿qué hay en mí? hay dos voluntades? ¿hay dos inteligencias? ¿la una que me dice muere, por que la humanidad nada tiene para tí, y la otra que murmura muy quedo espera? ¿Esperar.... ¿y en qué?

Yo he perdido en absoluto la noción que tenía de Dios, la naturaleza ya no me encanta porque apenas veo sus bellezas; donde quiera que voy me reciben con esa indiferencia y ese desvío con que por regla general se recibe á los pobres.

De mi madre nada queda, ni aún la tumba, pasó el tiempo marcado por la ley y sus huesos fueron recogidos por una joven piadosa y puestos en la sepultura de la familia de mi padre.

¿El alma sobrevive? ni lo creo ni lo niego. Es verdad que al mes de haber muerto mi madre, dije yo una tarde á una de mis amigas:

—Si tuviera una fortuna inmensa toda la daría por abrir la tumba de mi madre á ver como estaba.

—Deshecha, dijo mi amiga, no te quede duda.

—Eso no puede ser, ¡tan pronto!.....

Llegó la noche, lo recuerdo muy bien, yo no dormía, estaba bien despierta pensando en lo que había leído aquella noche que era "El genio del Cristianismo," la luz de la luna entraba por los cristales de la ventana y de pronto ví una sombra negra que se destacaba de la blanca pared, se adelantó lentamente y al darle de lleno los rayos de la luna reconocí á mi madre, ¡era ella!..... con su negro tra-

je, con su blanca toca, y un manto que la envolvía, pero que bajo sus pliegues se adivinaba, mejor dicho, se traslucía un talle esbelto, una figura distinguida; y no era una alucinación de mis sentidos, no era una evocación porque yo en aquellos momentos no pensaba en ella, me incorporé al reconocerla sintiendo gozo y espanto á la vez, porque ví que su rostro no era ni sombra de lo que había sido, de sus ojos solo quedaban los cóncavos huecos, su nariz y su barba se unían, quise gritar pero me contuve pensando que se ofendería con mi demostración de invencible terror.

Se inclinó hacia mí y sentí su aliento tibia, esto me reanimó porque yo esperaba sentir la misma impresión que cuando besé su frente antes de colocarla en la caja, que sentí un frío inexplicable; porque el frío de un cadáver no se parece á ningún hielo de la Tierra.

—¿Cómo estás? le pregunté.

—Hecho de menos tus cuidados, y al decir esto me besó: sus labios tenían el calor natural, todo me decía que aquella aparición era mi madre, pero su rostro no lo podía mirar, y al mirarle pensaba ¿y esto queda de los seres más queridos?... ¡qué crueldad!

La sombra se desvaneció y yo perdí el deseo de abrir ninguna tumba. Si entonces su alma estaba viva, ¿lo estará también ahora? y si lo está ¿porqué me abandona? ¿porqué no me da fuerzas para luchar por la existencia? Su amor era de esos amores que nunca mueren; cuando no da señales de vida también su alma se habrá deshecho como se deshizo su cuerpo. Nada pues me detiene, ninguna consideración social me une á este mundo ¿porqué persisto en estar en él?

Ahora recuerdo que hay una religión, digo mal, hay muchas religiones, aquí funcionan dos, la católica apostólica romana y la reformada por Lutero ¡Si yo pudiera creer en alguna de ellas!... los que creen dicen que son tan felices!... pues me voy á la iglesia; nadie por desgracia más desocupada que yo, y me iba por las tardes á los mejores templos donde sabía que hacían novenas para oír á los buenos predicadores.

Algunos me inspiraban profunda admiración, pero al volver á mi solitario hogar donde nadie me esperaba, sintiendo el frío que produce la falta de alimento, volvía á pensar en alta voz diciendo con amargura:

He pasado el tiempo (que no es poco) oyendo hablar á un hombre instruido, que según dicen está inspirado por el espíritu santo, pero á pesar de toda su sagrada inspiración no me resuelve el problema de mi vida. Dice que en la Tierra hay víctimas expiatorias y ¿porqué? añade que los crímenes de los unos tienen que ser lavados con el llanto de los otros y que los mártires son el complemento de la armonía universal. Ahora bien; si el alma pide esos martirios, ó Dios se los impone en uso de su omnimoda voluntad, si yo (dejo por sentado) le pedí al Señor llevar sobre mis hombros el peso de las culpas de otro, ¿porqué ahora me rebelo contra mi destino? ¿porqué no acepto de buen grado todas las humillaciones que me imponen? ¿porqué no me decido á entrar en un asilo de mendicidad? ¿porqué hay en mí algo grande, sublime, superior á mi inferioridad física y á las miserias que me rodean? ¿porqué me inspira profunda admiración todo lo que es bueno y justo si pedí vivir entre la escoria de la sociedad?

¿Es que el infierno de las religiones está situado en la Tierra? si algo superior hay á las miserias humanas? ¿dónde está la clave para encontrarle?

Dicen que en las Capillas Evangélicas se encuentra la verdad, pues iré á ellas, y una tarde me dirigí á la calle de Calatrava después de haber oído un sermón muy notable en la Iglesia de San Sebastian; llegué temprano y esperé largo rato, al fin pude entrar en el templo que por lo sencillo y por estar desnudo de todo adorno me agradó: me rodeaban mujeres del pueblo, una de ellas me miraba fijamente diciéndome por último:

—Se conoce que V. sufre mucho.

—Es cierto.

—Y se viene aquí, á buscar consuelo.

—Es verdad; estoy buscando á Dios y no lo encuentro en ninguna parte.

—¡Jesús mil veces!... ¿y puede V. vivir?...

—Sí puedo; *porque hay horas que el sufrir—nos centuplica la vida.* Esto dijo Camprodon, y dijo una gran verdad.

Comenzó el culto y me fué muy grato oír cantar á los fieles himnos sencillos y conmovedores. Subió despues el Pastor á la tribuna y me fué muy simpático, era un hombre que sabia despertar el sentimiento; hablaba para los caidos, para los humillados, para los hambrientos de justicia, para los sedientos de amor; cada palabra suya era una promesa bendita. Mientras duró su discurso no cesaron de correr mis lágrimas, pero mi llanto no abrasaba mis mejillas, era el rocío del sentimiento más dulce que hay en la criatura, mi llanto era de inmensa gratitud. ¡Hacia tantos años que buscaba á Dios y no lo encontraba!... ¡hacia tantos años que buscaba compasion para mi infortunio y nadie me compadecia! ¡hacia tantos años que me conceptuaba un sér inútil!... que al oír decir que Jesús amaba á los afligidos y no se cansaba de recorrer el monte buscando las ovejas extraviadas, mi alegría no tuvo límites, y al terminar el Pastor su plegaria pidiendo luz para los ciegos de entendimiento, abracé á la buena mujer que habia comprendido mi sufrimiento diciéndole:

—Yo estaba ciega y ahora veo, veo á Jesús que busca mi alma, yo saldré á su encuentro, pero yo necesito quien me guie: ¿quiere V. guiarme?

—Si señora, conozco que V. sabe más que yo y pronto me guiará, pero ahora cuente V. conmigo; soy muy pobre y al mismo tiempo muy rica; porque creo que Jesús está conmigo; y para que no se aparte hago todo el bien que puedo; si no puedo dar dinero al necesitado lo llevo al que puede dárselo, si necesita con ojo leo la Biblia y allí encuentro siempre algo que me sirve de ejemplo para llevar la luz á su entendimiento. Si un enfermo no tiene quien le asista, allá voy yo, si un muerto no tiene quien le acompañe yo sigo tras de su caja, y cuando llega la noche le pido á Jesús que lea en mi conciencia y Jesús lee en mi pensamiento y me quedo dormida pensando en las obras de caridad que podré hacer al día siguiente.

Las palabras de aquella mujer eran gotas de bálsamo preciosísimo que caían sobre mi corazón hecho trizas por el exceso del sufrimiento. Desde aquella noche me sentí más fuerte, y al llegar á mi casa no me pareció ésta tan sombría ni tan triste. Jesús amaba á los pobres, yo lo era, así es que entraba en el número de sus elegidos.

Jesús quería á los niños porque eran limpios de corazón, y yo en el mio, no encontraba manchas imborrables; me parecía que aunque habia estado al borde de todos los abismos mi túnica se habia desgarrado, estaba cubierta de harapos, pero mi conciencia no estaba súcia. La impresion de aquella noche la trasladé más tarde al papel en los versos siguientes:

A UN ALMA BUENA.

(EL 28 DE MARZO DE 1872.)

Hece dos años que tu voz vibrante
porque *debía de ser* hirió mi oído;
y al detener mi paso vacilante
latió mi corazón estremecido.

Hace dos años que cruzaba el mundo
cual hoja seca que arrebatada el viento:
sin encontrar en mi dolor profundo
un sér que comprendiera mi lamento.

La indiferencia me dejó su tédio
y el ateísmo su sonrisa helada,
para mi enfermedad no habia remedio,

que en mi fiebre le dí sér á la *nada*.

¡La nada!... Pensamiento que horroriza,
que destruye de Dios el poderío;
reduciendo los mundos á ceniza,
el porvenir del hombre es el vacío.

Comprendo del suicidio la locura
cuando el hombre no ve mas que este suelo;
¡Desdichado de aquel que en su amargura
no halla hogar ni en la tierra ni en el cielo!...

¡Ay!... qué triste es vivir sin esperanza!
bendigo á Dios que en su piedad suprema,
me hizo arribar á un puerto de bonanza
donde tú descifrabas un problema.

Contabas de Jesús la triste historia
comentando las santas profecías,
y tu voz fué trayendo á mi memoria
los grandes hechos de pasados días.

Tú iluminaste mi fatal camino,
tú diste un cielo á mi alma desterrada;
fuiste estrella polar de mi destino
destruyendo las sombras de la *nada*.

En santa gratitud mi pecho arde
y por tí ruego con ardiente anhelo;
cuando las rojas nubes de la tarde
se extienden por las bóvedas del cielo.

Pidiendo á Dios que en otras existencias
El te ponga en mitad de mi camino:
y que conserve yo reminiscencias
de que tú engrandeciste mi destino.

Y así tendrá que ser, que una cadena
forman los séres en su eterna vida!
tu mision en la Tierra fué muy buena
y muchos llorarán por tu partida.

Yo por tí la grandeza he comprendido
de Dios y su justicia soberana,
deuda inmensa contigo he contraído
¡con qué placer te pagaré mañana!

Mañana, sí, cuando la tierra deje
cuando ante el peso del dolor sucumba,
cuando el ángel del bien que me protege
me presente en el mundo de ultra-tumba.

Hoy en la tierra por mi mal no puedo
devolverte el tesoro que me has dado,
mas lo recobrarás; no tengas miedo,
que tu serás por Dios recompensado.

Y en tanto que me encuentre en este mundo
de miseria, de luto y de agonía,
el reconocimiento mas profundo
te hará vivir en la memoria mía.

Amalia Domingo Soler

FÉ DE ERRATAS.

En la página 311, número II, línea 6, dice *y en él nació* la idea del bien, como *nacen* las lejanas estrellas, etcétera, y ha de decir *lucía* y *lucen*.

Página 313, último párrafo, línea 5, dice *aliviara* en lugar de *librara*.

Página 315, línea 13, dice que la *pobre* chica tuvo que acudir á la *puerta* del delantal, y debe leerse á la *punta* del delantal.